XVIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Segunda Lectura: Ef 4,17.20-24

Revístanse den nuevo yo, creado a imagen de Dios

Revístanse del nuevo yo, creado a imagen de Dios. La exhortación de san Pablo en la segunda lectura es despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo, que exige renovarse en la mente. Esto se manifiesta en el abandono del comportamiento pagano. Quien quiere revestirse y ser hombre nuevo ha de alimentarse del manjar nuevo, que es Cristo.

El hombre viejo es el hombre en cuanto sujeto al pecado. San Pablo lo presenta con tres rasgos: su corazón se ha endurecido, su juicio se ha complacido en la vaciedad: de los ídolos del poder poseer, placer y parecer, del pecado; su pensamiento se ha oscurecido. Presenta la conversión como un despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo. El contenido de esta imagen es el de una renovación interior y conversión moral. Este despojarse y revestirse lo iniciamos en el bautismo. Este rito de inmersión fue un despojarse-morir y el de emersión es revestirse-renacer.

La confirmación, la primera comunión, el matrimonio, la ordenación sacerdotal, son momentos nuevos del vestido blanco, porque son momentos nuevos del progresivo "revestirse" de Cristo. La salvación de Dios se nos da como un vestido que nos distingue y expresa la realidad interior se nuestra vida: la vida de Dios que se nos comunica en J.C. Por esto, S. Pablo dice que 'bautizados en Cristo, nos hemos revestido de Cristo' (Ga 3, 27). Y concibe la conversión como un cambio de vestido, un "despojarse" del hombre viejo y vestirse del Hombre nuevo, revestirse de Cristo, adoptar sus criterios, tener sus sentimientos, vivir su vida. Dejar un vestido sucio, para vestirse de limpio.

Así, hoy recibimos de san Pablo la invitación a 'desvestirse' de los hábitos viciosos del hombre viejo y a 'revestirse' de los hábitos virtuosos del hombre nuevo (cf. Col 2,8.12), porque hemos sido creados a imagen de Dios, con capacidad para conocer y amar a nuestro Creador. Nosotros somos la "única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma" (GS 24,3); sólo él está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios. Para este fin ha sido creado y ésta es la razón fundamental de su dignidad: "¿Qué cosa, o quién, fue el motivo de que establecieras al hombre en semejante dignidad? Ciertamente, nada que no fuera el amor inextinguible con el que contemplaste a tu criatura en ti mismo y te dejaste cautivar de amor por ella; por amor lo creaste, por amor le diste un ser

capaz de gustar tu Bien eterno” (Santa Catalina de Siena, Il dialogo della Divina providenza, 13).

Porque toda persona tiene en su constitución el honor, la gloria y la dignidad de Dios, san Pablo nos exhorta a Revístanse den nuevo yo, creado a imagen de Dios; porque es el ser con quien Dios dialoga cara a cara ?en el jardín a la hora de la brisa (Gen 3,8), por que es la realidad que Dios ha creado para sí mismo, para poner en ella la plenitud de su vida y para estar en comunión con ella, pues habiendo sido revestida de capacidad, de responsabilidad y de amor, es capaz de vivir en comunión con todos los seres libres.

Esta identidad cristiana, por tanto, nos exige a no buscarse a sí mismo, sino revestirse de Cristo y entregarse con Cristo, para participar así personalmente en la vida de Cristo hasta sumergirse en él y compartir tanto su muerte como su vida. Y para revestirse de Cristo es necesario que su Palabra habite entre nosotros y en nosotros con toda su riqueza, y en abundancia; desprenderse de la autosuficiencia y del egoísmo

Que la intercesión de nuestra Señora de la Soledad nos alcance las gracias de revestirnos del hombre nuevo, creado a imagen de Dios, en la justicia y en la santidad de la verdad (Ef 4, 23-24).

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)